

**UNA LECTURA GEOPOLÍTICA DE LA  
"SOCIEDAD GLOBAL DE LA INFORMACION"**  
Armand Mattelart

La carrera por el dominio de las redes de dimensión planetaria se ha acelerado notablemente durante la segunda mitad de los años noventa, bajo el efecto de la desregulación y la privatización de las telecomunicaciones. Se ha sumado a los ya numerosos neologismos comunicacionales la expresión "sociedad global de la información", que pronto se ha impuesto. ¿Qué proyecto de reordenación del mundo supone que encierra? ¿Es apreciable ya la distancia que media entre las generosas promesas que han favorecido su entronización en el lenguaje administrativo y la realpolitik que preside la construcción de un nuevo orden tecno-informacional? ¿Qué sentido hay que darle a la irrupción de nuevos actores sociales que se apropian de las tecnologías de información y comunicación para que se oiga su contatatoria voz en el escenario mundial? ¿Acaso anuncia el nacimiento de un nuevo espacio público mundial? ¿Qué tipo de incidencias tienen las lógicas de seguridad y de guerra sobre el paisaje reticular?

**"Sociedad de la información": una noción hipotecada**

En el último decenio la noción de "sociedad de la información" se ha impuesto como sentido común a espaldas de la esfera pública. La fulgurante naturalización de este vocabulario debería incitar a redoblar la vigilancia. Al concluir la genealogía de esta noción en *Historia de la sociedad de la información* (2002), afirmábamos: "Ninguna pedagogía de apropiación ciudadana del medio técnico puede abstraerse de la crítica de las palabras que, pretendidamente apátridas, no dejan de introducirse subrepticamente en el lenguaje común y enmarcar nuestras representaciones colectivas. Por ellas pasan las transferencias de sentido de los conceptos de libertad y democracia al mismo tiempo que se imponen a nosotros bajo el signo de la evidente necesidad de lo que es y, sobre todo, de lo que supuestamente tiene que ocurrir". El propósito de esta conferencia no es volver a trazar dicha genealogía, sino abordar los debates contemporáneos sobre la "sociedad global de la informa-

ción", noción ésa de factura más reciente. No obstante quisiera señalar brevemente las creencias que históricamente ha llevado aparejadas dicho vocabulario.

La idea de sociedad regida por la información, por el "dato", está anclada en el viejo proyecto de la modernidad occidental, mucho antes del nacimiento del lenguaje informático. En el transcurso del siglo XVII y XVIII se entroniza a la matemática como modelo de razonamiento y de acción útil. Tiempos donde se reaviva el grial de un "lenguaje universal", de la "Biblioteca de Babel". La idea se despliega con el proceso de industrialización y se confunde con los avances del pensamiento de lo cifrable y de lo mensurable como norma de perfectibilidad de la sociedad, como parámetro del universalismo. Se confunde también con la evolución de las doctrinas de organización y re-organización de la sociedad. No resulta nada extraño entonces encontrar en los precursores del proyecto científica de "sociedad funcional" a nombres como Adam Smith, Claude-Henri de Saint-Simon o Taylor.

La noción misma de sociedad de la información se gesta paulatinamente a partir del fin de la segunda guerra mundial. Una serie de neologismos se encargan de anunciar la promesa de una nueva sociedad: post-capitalista, post-histórica, post-industrial, tecnocrónica, etc. Todos ellos preparan el advenimiento de ese otro denominado "sociedad de la información" que se institucionalizará definitivamente a partir de los años setenta. La esperanza que el inventor de la cibernética Norbert Wiener pone en el potencial emancipador de las tecnologías de la inteligencia artificial ("Hacer que nunca más se repita la barbarie de Bergen-Belsen e Hiroshima") se ve rápidamente truncada por los enfrentamientos de la guerra fría.

El proyecto de una "nueva sociedad" configurada por las nuevas máquinas de información se vuelve parte integrante de los envites de las tensiones entre los dos sistemas de valores. Desde los años cincuenta el auge de estos neologismos en la sociología política estadounidense corre parejo con las tesis de los "Times" o "crepúsculos": de la edad de la ideología, de lo político, de las clases y sus luchas, de los intelectuales contestatarios y, por ende, del "compromiso", en provecho de un intelectual volcado en la toma de decisiones. La lógica mercantil y el positivismo empresarial sustituyen a lo político. En los años sesenta, con el perfeccionamiento de los "métodos objetivos" para explorar el futuro empezaron a multiplicarse los best-sellers de anticipación de la sociedad techno-informacional. Esas visiones eran sinónimo de pleno empleo, de fin del Estado-nación, de democracia interactiva donde la fractura ya no se daría entre ricos y pobres, entre comunismo y socialismo, sino entre Antiguos y Modernos (según los mitos acuñados por Alvin Toffler). Con la primera crisis del petróleo en el decenio siguiente, la "formatización" se convierte para las potencias industriales en una herramienta oficial de "salida de la crisis". Crisis de un modelo de crecimiento y de "gobernabilidad de las democra-

cias occidentales", según el diagnóstico emitido en 1975 por la famosa Comisión trilateral. La noción de "sociedad de información" inspira políticas de re-industrialización tanto al nivel de los gobiernos nacionales como en el plano de las instituciones internacionales. Es así como en la segunda mitad de los años setenta se empezaban a estructurar programas de investigación y de acción en la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico) y en la Comunidad Europea. El desencadenamiento de los procesos de desregulación de la industria audiovisual y de las telecomunicaciones en Estados Unidos en los años ochenta repercute directamente en el resto de los países industriales acelerando la liberalización de las redes.

Esta especie de *Hilo de Ariadna*, que se teje y se desteje con cada nueva generación de técnicas de información y de comunicación -pese a la existencia de muy distintos contextos socio-históricos de implantación y los sucesivos desmentidos- reavivará el discurso mesiánico sobre la promesa de concordia universal y de un nuevo "agora" ateniense.

### ¿Qué "nuevo orden mundial de la información"?

En julio de 2000, en la cumbre de Okinawa, los países del G8 (los más industrializados del mundo) aprobaron una Carta sobre la "sociedad global de la información". En febrero de 1995, otra cumbre, que se había desarrollado en Bruselas, ratificó esta noción en presencia de altos responsables de las grandes firmas informáticas y aeroespaciales de América del Norte, Europa y Japón. En un discurso titulado "Promesa de un Nuevo Orden Mundial de la Información", Al Gore había agitado de nuevo el señuelo de un planeta más democrático y más próspero gracias a las virtudes liberadoras de las tecnologías digitales. Y los participantes habían aclamado las conclusiones redactadas bajo el lema del "enriquecimiento humano", aun cuando el objetivo de la reunión era sobre todo el de asociar la iniciativa privada a la implantación de la futura arquitectura de las redes planetarias. Para conseguirlo se proponía acelerar la liberalización de los servicios públicos. Un acuerdo tácito había incitado a los grandes países industriales a no abordar temas como el empleo o el "contenido" de estas nuevas redes, "demasiado polémicas, por naturaleza". Es preciso recordar como una ironía de la Historia que en los años setenta, la expresión de "Nuevo orden mundial de la información (y de la comunicación)" se convirtió en el pivote del alegato del Movimiento de los países no alineados en contra de la desigualdad del intercambio informacional y cultural. Esto causó urticaria en la delegación de Estados Unidos ante la UNESCO motivando la salida de este país de

la organización internacional. Habría que esperar a la presidencia de George W. Bush Jr. para ver el retorno de este país a esta organización.

Entre las cumbres de Bruselas y de Okinawa, se produjo una decisión irreversible, que trastocó el ordenamiento del espacio comunicacional mundial. En enero de 1998, después de tres años de negociaciones en el marco de la Organización Mundial del Comercio -marcadas por el excesivo peso de los grandes países industriales- entró en vigor el acuerdo de apertura a la competencia de los mercados nacionales de telecomunicaciones, al que habían llegado, el año anterior, sesenta y ocho de los ciento treinta y cinco gobiernos. Quedaba abierta así la vía para la formación de grandes grupos multimedia. Las megafusiones-adquisiciones y las tomas de participación acercaron las industrias del contenido a los operadores de la red. El control, en enero de 2000, por parte de AOL, primer suministrador mundial de acceso a Internet, del número uno mundial de los grupos multimedia Time-Warner, dueño, entre otras, de la cadena global CNN, ha constituido la cumbre de este proceso. Un matrimonio al que pronto seguirá la absorción de la *mejor* norteamericana Universal por parte del grupo francés Vivendi-Canal +. Estas fusiones dan una imagen muy gráfica de la aceleración de los procesos de concentración a escala planetaria en el sector de los medios así como de la creciente importancia de los operarios financieros.

Los fracasos de muchos de los mega-estrategias de las telecomunicaciones y lo audiovisual también demuestran sobradamente las enormes incertidumbres que oculta la retórica de la conquista del mercado-mundo. La desbandada de los "punto.com" lo ilustra. Lo que han puesto de manifiesto muchos de los procesos entablados contra los fraudes de mega-grupos en dificultades, es que la tan cacareada transparencia de la era de la información se disuelve en la opacidad de la contabilidad.

La puesta en marcha por la primera administración Clinton del programa de superautopistas de la información, nacionales y luego de alcance planetario, sirvió de detonador. La Unión Europea ha apresurado el paso. Lo mismo que países tan diversos como Australia, Canadá o Finlandia. A partir de los años claves 1993-94, se disparó en Bruselas una dinámica de creación de informes de investigaciones funcionales y de proyectos que cristalizaron en un conjunto de representaciones operativas sobre la sociedad del futuro digital. El gobierno de Estados Unidos, a su vez, ubicó su programa en el ámbito de la conquista de la hegemonía tecnológica. Con el lanzamiento del concepto de superautopistas, el gobierno norteamericano estimó que su nación era la mejor colocada para ganar la apuesta de la ingeniería de la información y también para adelantarse de forma sustancial a sus competidores gracias a una posición dominante en el mercado de los nuevos "servicios de mani-

pulación de símbolos". El economista Robert Reich, ministro de trabajo de Clinton, había observado que la aparición de la noción de *superhighways* digitales era contemporánea de la de "nueva economía".

La Unión Europea reaccionó con la mayor celeridad. Ha de tenerse en cuenta que el año 1993 había terminado en un enfrentamiento con las autoridades de Washington en el marco del G.A.T.T. sobre la "excepción cultural". Europa reforzaba así el principio de una política comunitaria de construcción de una industria audiovisual europea. Pero lo audiovisual no puede tomarse en consideración sin pensar en sus conexiones con las telecomunicaciones y la informática. El *Libro Blanco* de Jacques Delors, al identificar los "retos y las pistas para entrar en el siglo XXI" prepara la introducción del tema de la "sociedad global de la información" en las perspectivas estratégicas de la Unión Europea.

### El peso del determinismo técnico

Dos libros verdes, elaborados bajo la supervisión del comisario de Telecomunicaciones Martin Bangemann, y realizados con la participación de un grupo de expertos procedentes de la industria de las telecomunicaciones y de lo audiovisual, explicitan el perfil del proyecto comunitario de la nueva era de la información. El primero, que se hizo público en mayo de 1994, llevaba por título, en francés, *L'Europe et la société de l'information planétaire* (Europa y la sociedad de la información planetaria). Pero será a partir de la versión en lengua inglesa *Global Society of Information* cuando se generalizará el empleo de la expresión.

El segundo informe, publicado en diciembre de 1997, trata de las implicaciones, para la reglamentación, de la convergencia de los sectores de las telecomunicaciones, los medios y las tecnologías de la información. No hace sino confirmar las orientaciones ultraliberales del anterior. Hay que precisar que en julio de 1997, el presidente Clinton había expuesto la doctrina de Washington en relación con el comercio electrónico: los gobiernos tienen que respetar la naturaleza original de este medio y aceptar que la competencia global y las decisiones del consumidor definen las reglas del juego del mercado digitalizado. En nombre de la convergencia tecnológica y de las obligaciones de la competencia en un mercado mundializado, se propone someter a los tres sectores a un mismo régimen jurídico y, al mismo tiempo, aligerar y simplificar la reglamentación, alineada con "las fuerzas del mercado". Lo que equivale a poner en un pie de igualdad a una llamada telefónica y a un programa audiovisual. La respuesta del Consejo Superior Audiovisual francés no se hizo esperar: "El Libro verde se apoya en cierto número de postulados técnicos,

políticos y jurídicos que conviene atenuar en gran medida... Seguirá siendo necesaria una fuerte reglamentación para garantizar el equilibrio del mercado y la preservación del interés general... El sector audiovisual debe seguir siendo objeto de una reglamentación específica a la vista de los retos que implica su ejercicio, en primer lugar, la libertad de expresión". Al concluir el debate, los miembros de la Unión, finalmente, no se inclinaron por la opción de mínimos.

Tomada al pie de la letra, la idea de "sociedad global de la información" implica, cuando menos, proyectos comunes entre varios socios. Así lo dio a entender, por ejemplo, la reunión del G7 en febrero de 1995, cuando se definieron los principios básicos para la instauración de una sociedad de la información a escala planetaria y se anunció una decena de proyectos cooperativos que iban en esa dirección. Ahora bien, se impone una observación: con ocasión de la implantación de las infopistas en cada país, resurgen las especificidades nacionales, que reflejan configuraciones concretas de actores inscritos en contextos institucionales, culturales, industriales y políticos diferentes. Entre estas divergencias intracomunitarias y estas llamadas al orden por parte de las realidades singulares, es donde se encuentra, sin duda, una de las razones de la retórica extremadamente ambigua sobre la "sociedad del conocimiento". De ello da fe, en marzo de 2000, durante la cumbre económica y social europea de Lisboa, la declaración de los jefes de Estado de la Unión que se limitan a exhortar a los docentes "a que se conviertan en usuarios de Internet! Parecidas renuncias habían aflorado en el campo de la cultura cuando se habían entablaron las primeras negociaciones sobre la excepción cultural en 1993. Estas resistencias son por lo demás recurrentes. Cada renegociación periódica entre miembros de la Unión Europea sobre la Directiva que asienta las políticas audiovisuales comunitarias de cuotas da lugar a fuertes tensiones y discrepancias. Sobre todo si tenemos en cuenta que el paisaje político de 1993 ha cambiado drásticamente con el cambio de color de los gobiernos. Así lo ilustra la formación de un eje Londres, Madrid, Roma.

Sin embargo, es posible, y existe otro discurso sobre la sociedad de la información. Como lo demuestra el informe final encargado por la propia Comisión europea a un "grupo de expertos de alto nivel y distintas nacionalidades", ajenos a la institución, sobre la "sociedad europea de la información para todos". En este documento, publicado en 1997, puede leerse, en concreto: "En nuestro informe provisional, ya destacábamos la ausencia de integración social en el debate europeo sobre la sociedad de la información y criticábamos el determinismo tecnológico de una gran parte del discurso tecnológico de los expertos. (Ahora bien) la futura sociedad de la información europea plantea numerosos desafíos sociales. Estos retos trascienden la idea simplista de una rápida adaptación a un porvenir determinado por el empuje "exterior" del cambio tecnológico, al que los individuos no saben cómo

incorporarse y en el que no pueden participar". Uno de los puntos importantes de este documento, que no es oficial, consiste en socavar la visión redentora de la tecnología digital: "A la vista del riesgo de reforzar la ventaja de algunas regiones, deberá implantarse un proceso europeo de aprendizaje y recuperación de los retrasos".

#### Amnesia

Una vez más en la Historia, los discursos de acompañamiento de las tecnologías están condenados a la amnesia. Al proclamar la "Carta de la sociedad global de la información", el grupo de países más industrializados, reunido con ocasión de la cumbre de Okinawa, ha reconocido solemnemente la existencia de una "fractura mundial en el ámbito de la información y el conocimiento". Incluso se ha diseñado un plan de batalla y se ha constituido una fuerza operacional de expertos, la Dot.force (Digital Opportunity Task Force), para encontrar soluciones capaces de impedir que crezca el abismo entre los "info-ricos" y los "info-pobres". Durante la cumbre de Génova, en julio de 2001, los miembros del G8 han reactivado la Dot.force y fomentado un "plan de acción sobre la manera en que los e-gobiernos podrían fortalecer la democracia y el estado de derecho". Durante la cumbre organizada en Bruselas en 1995, apenas si se había tocado el asunto de la "fractura digital", ante la fuerte pregnancia de las visiones proféticas sobre la evolución técnica.

Existía, no obstante, antes incluso de la proclama de Okinawa, un discurso sobre el peligro desigualitario, que había sido pronunciado durante otra cumbre de los países más industrializados. En junio de 1982, durante la cumbre celebrada en el castillo de Versalles y cuando apenas se hablaba todavía de sociedad global o de infopistas, el riesgo de que aumentaran las diferencias había sido evidenciado por el presidente François Mitterrand en un extenso informe titulado *Technologie, emploi et croissance* (Tecnología, empleo y crecimiento). Ampliamente comentado en aquella época por la prensa francesa e internacional, el diagnóstico era tan implacable como premonitorio al advertir del peligro de segregación y exclusión que podría entrañar, si no se tenía cuidado, el avance de las nuevas tecnologías de comunicación e información. Para contrarrestar esta lógica propicia a la instauración de "un mundo de islotes de prosperidad en un océano de miseria", el jefe de Estado francés, a su vez, había propuesto a sus socios una "Carta mundial de la comunicación", filosóficamente más sólida, por cierto, que la que había sido emitida en Okinawa. Ironías de la Historia, entre los participantes en esta cumbre de Versalles, figuraba el presidente norteamericano Ronald Reagan y la jefa de gobierno británi-

ca Margaret Thatcher. Ambos iban a abrir 2 años después sus propias redes nacionales a la competencia, desencadenando así el inicio de una tendencia mundial a la desreglamentación y a la privatización.

En enero de 1998, este proceso desembocaría en el desmantelamiento de los sistemas públicos de telecomunicaciones nacionales en provecho de los operadores globales. Una estrategia diametralmente opuesta a la que François Mitterrand tenía en mente cuando defendía su informe, convalidado como estaba de las virtudes reguladoras de las políticas públicas y de las instituciones de la comunidad de naciones.

### Cuando el progreso implica la exclusión

La creencia en un "ágora global" por mediación de las técnicas de comunicación no ha dejado de alimentar la esperanza en una salida de la espiral de pobreza, injusticias y violencia. Sin embargo, la historia proporciona una enseñanza más importante: en el transcurso de la edificación de un mercado a la dimensión del mundo, si las redes ayudan a ligar cada vez más las naciones, las formas sociales que adopta su implantación no dejan de ahondar las diferencias entre las economías. Las sociedades, las culturas repartidas según la línea de demarcación del desarrollo. La generación técnica del *web of webs*, de la red de redes, no es una excepción de la regla. En su informe del año 1999, el Programa de Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD) señalaba la creciente marginalización informacional de una mayoría de países, así como, en el interior de cada país, y por los cuatro puntos cardinales del globo, la existencia de una línea de separación. "El interneta tipo, podía leerse, es un hombre menor de 35 años, titulado superior, que dispone de elevados ingresos, vive en ciudad y habla inglés". Expresada de forma más abrumadora por el gerente general de la empresa Microsoft en Chile, en una entrevista concedida a *El Mercurio*, el 14 de noviembre de 2000, con ocasión de la gira del presidente Lagos a Silicon Valley, en Estados Unidos, esta observación se transforma en: "Internet es un continente gigantesco donde la capital es Estados Unidos, el lenguaje es el inglés y la moneda de transacción es el dólar".

El Informe mundial sobre la cultura de la UNESCO del año 2000 dibuja un cuadro elocuente de las inmensas disparidades de equipamiento en nuevas tecnologías. En el mundo industrializado se cuenta, por cada 10.000 habitantes, con 1822 teléfonos móviles (frente a 163 en la otra parte del planeta), 444 faxes (frente a 13), 1989 ordenadores personales (frente a 113) y 200 direcciones en Internet (frente a 4,7). El Informe mundial sobre desarrollo humano del año 2001 remacha el clavo: unos dos mil millones de personas, es decir la tercera parte de la población mundial

sigue sin tener electricidad; mientras que en los países de la OCDE hay más de una línea de abonado por cada dos habitantes, la cifra es de una por cada 15 en los países emergentes y de una por cada 200 en los países más pobres. Para aquellos que disponen de Internet, el coste de acceso es directamente proporcional a la densidad de población conectada en el país. Mientras que la tarifa promedio de conexión durante 20 horas para un norteamericano, un canadiense o un finlandés se eleva a 30 dólares, supera ampliamente los 100 dólares en los países escasamente conectados. Con la llegada de las redes de alta velocidad, el déficit cualitativo (la calidad de la transmisión y del servicio) corre el riesgo de sumarse al déficit cuantitativo.

Si el informe 2001 del PNUD subtítuloado "Poner las nuevas tecnologías al servicio del desarrollo humano" adopta un tono esta vez triunfalista proclamando que "las redes tecnológicas están en vías de trastornar el mapa del desarrollo", que "ensanchan los horizontes de los individuos y crean las condiciones que permitirán realizar en el espacio de un decenio progresos que habrá necesitado, en el pasado, varias generaciones para cumplirse", debe admitir que en la actualidad más de la tercera parte de la humanidad aún no dispone de electricidad y que, mientras hay una línea telefónica por dos habitantes en los países del OCDE, la cifra baja a una para 15 en los países en desarrollo y una por 200 en los países menos avanzados.

El propio Banco Mundial se ha movlizado y tiene, desde 1995, un programa que permite el acceso de los rezagados a la llamada "sociedad global de la información". Este es un importante desafío. Porque es bien sabido que no basta con lanzar el maná de los ordenadores sobre los países menesterosos para resolver el problema. Tal y como subrayan, acertadamente, los especialistas en educación para el desarrollo, tan fundamental o más resulta implantar políticas públicas que permitan que la población pueda construir y reconstruir alrededor de estos nuevos artefactos de comunicación (a la vez que los combina con los antiguos) contenedores de conocimiento que se ajusten a sus necesidades y estén en consonancia con sus culturas. Existe el riesgo, en efecto, de que con motivo de la implantación de las nuevas tecnologías, se reproduzca o acentúe la dependencia de estos países respecto de programas y contenidos diseñados en función de los modelos culturales originarios de los países info-ricos. Algo que el movimiento de países no alineados rechazó masivamente durante los años setenta cuando el modelo difusionista de desarrollo/modernización/progreso lineal entró en barrena por no haber tenido en cuenta el potencial innovador de las culturas consideradas como "tradicionales". Los temores expresados por los pedagogos de que se tiendan a reproducir los esquemas de pensamiento occidentalizantes, son muy reales. No hay más que ver algunas de las lógicas aplicadas en el desarrollo del mercado de programas ofertados por ciertas "universidades globales virtuales".

Para evitar el obstáculo, la apropiación democrática de las nuevas tecnologías interactivas requiere un necesario y paciente diálogo entre las culturas. Pero, en opinión de numerosos expertos, no siempre es el caso en las relaciones Norte/Sur. Escuchemos a Steve Smithson, profesor de la London School of Economics: "He intervenido recientemente en un coloquio en el que el representante de un gran operador internacional de telecomunicaciones ha pronunciado un discurso edificante respecto de los responsables políticos de los países en vías de desarrollo que estaban en la sala. Era de una arrogancia increíble: <Vd. tiene que hacer esto, y no aquello>, mientras explicaba que sus productos eran los mejores y que, evidentemente, había que comprarlos. Tuve la sensación de que la época colonial no andaba lejos y que los mercados de los países en vías de desarrollo permitían, por encima de todo, obtener confortables beneficios... El papel de los poderes públicos locales es determinante en la reducción de la fractura digital". La opinión de Michael Dertouzos, director del laboratorio de ciencias de la computación en el Massachusetts Institute of Technology también es preciosa, porque va a contracorriente de la ideología "Techn. redentora" propagada por muchos de sus colegas futurólogos: "A este respecto, estoy en profundo desacuerdo con Bill Gates, con el que he hablado de esto. Abandonada a sus propias herramientas, la revolución de la información va a aumentar el abismo entre países ricos y países pobres, entre ricos y pobres de cada país. Si no se hace nada, no hay que excluir, la historia nos lo enseña, reacciones violentas contra esta revolución".

Lo seguro es que la expansión fulgurante de la noción de "sociedad de la información" en el lenguaje administrativo a partir de la "Techn. dinámica" conferida por las estrategias industriales impulsadas por los grandes países centrales se ha visto acompañada de una creciente preocupación de parte de los gobiernos del resto del mundo por apropiarse de la noción y por formular estrategias nacionales o macro-regionales de entrada a la "sociedad de las redes". Lo demuestra por ejemplo la Conferencia regional de América Latina y el Caribe que se ha llevado a cabo sobre el tema en Bavaro (República Dominicana) en enero de 2003 donde los países del área han insistido sobre la "necesidad de orientar la sociedad de la información al progreso social, a la eliminación de las diferencias socio-económicas y a fomentar el bienestar social".

La apropiación de una noción que abusivamente se ha vuelto paradigma del cambio social no rima forzosamente con la crítica a un modelo de desarrollo. Muchos gobiernos distan en efecto mucho de prepararse a escenarios de estrategias info-comunicacionales que rompan con los esquemas neodifusionistas y desarrollistas de acceso a las nuevas tecnologías. Para que el "salto informacional" resulte en beneficios equitativos, se necesitaría impugnar el "Techn.-determinismo" y sus

secuelas: las lógicas regresivas de concentración de los usos como de los ingresos. Como lo notan los investigadores argentinos Martín Becerra y Guillermo Mastini, dicho cambio implica no seguir estando "en sintonía con un desarrollo inscripto en coordenadas liberalizadoras a ultranza" y, frente a la lógica del mercado, oponer la idea de servicio público y de servicio universal en la gestión de la actividad de información y de comunicación. De no resistir a las fuerzas mercantiles, la sociedad de la información corre el riesgo de diseñarse a la semblanza del proceso acelerado de concentración de los medios de comunicación de masas.

### Una Cumbre mundial sobre la sociedad de la información

A partir del año 2000, la UNESCO ha organizado varias reuniones regionales sobre los retos éticos, legales y sociales planteados por el ciberespacio, en África, Asia y Pacífico, América Latina y el Caribe, y Europa/América del Norte (en esa época, los Estados Unidos aún no se habían reincorporado, a diferencia del Reino Unido, al organismo internacional que habían abandonado en 1985). En 2001, año oficialmente situado por las Naciones Unidas bajo el signo del "Diálogo de las civilizaciones", la conferencia general de la UNESCO ha situado la lucha contra la fractura digital en el marco de una "Infoética" y ha propuesto a los Estados miembros un conjunto de recomendaciones "sobre el uso del multilingüismo y el acceso universal al ciberespacio" sin los cuales, se precisa, el "proceso de la globalización económica sería culturalmente empobrecedor, no equitativo e injusto".

La UNESCO también ha recordado que la educación básica y la alfabetización son "prerrequisitos para el acceso universal al ciberespacio". El diagnóstico sobre la desigualdad frente a las nuevas tecnologías la llevó a organizar conjuntamente con la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) una cumbre mundial sobre la Sociedad de la Información, en diciembre de 2003, en Ginebra, sede de la UIT, para discutir sobre la necesidad de "regulación global". En una segunda fase tendría que celebrarse otra cumbre en Túnez en 2005 para evaluar los resultados de las iniciativas decididas en esta primera cumbre. Reuniones oficiales preparatorias han sido organizadas en Ginebra y las organizaciones de la "sociedad civil" invitadas a "hacer oír su voz".

### Una movilización ciudadana para otra comunicación

La generosa invitación formulada en dirección de las organizaciones de la sociedad civil por las instituciones de la comunidad internacional a participar activamente en las reuniones oficiales llamadas a preparar la Cumbre Mundial sobre la sociedad de la información tropieza en los hechos con varios límites.

La primera interferencia que hace difícil llevar a cabo la promesa de una participación, si no en las decisiones (que son de exclusiva competencia de las delegaciones gubernamentales), por lo menos en la elaboración de un agenda, reside en el carácter cada vez más técnico del debate que la UIT privilegia en detrimento de una visión cultural mas amplia que debería defender la UNESCO, si cumplierse realmente el mandato que la comunidad de las naciones le ha conferido en 1946. En segunda lugar, hay la elasticidad de las nociones de "sociedad civil" y de "organización no gubernamental" ratificadas por las Naciones Unidas que distorsiona la realidad de la representatividad de los ciudadanos. La "sociedad civil" no sólo comprende las organizaciones del "tercer sector" (en referencia a los otros dos actores, el Estado y el mercado), sino también las organizaciones profesionales o corporativas tales como la Cámara Internacional de Comercio, la Confederación de Industrias de la Información, la World Federation of Advertisers o la International Advertising Association. Esta ampliación del ámbito de la "sociedad civil" tiene por resultado duplicar el peso de los intereses del sector privado, toda vez que, además de las organizaciones de defensa corporativa de sus intereses, también las grandes empresas de la industria de ordenadores y telecomunicaciones tienen derecho a enviar sus propios delegados. La estrategia de las Naciones Unidas, por otra parte, consiste en animar cada vez más a estas empresas a que también "hagan oír su voz" allá donde se discuta la suerte de la "sociedad global de la información", y asociarlas a los programas que se proponen reducir la "fractura digital". Esto explica el por qué la noción de "brecha digital" tiende a convertirse en un lugar común que, de paso, permite esquivar la cuestión primordial de las causas de las "brechas sociales".

La invitación brindada a la "sociedad civil" de ser participe en la Cumbre es, en alguna forma, un regalo envenenado. Si es cierto que se la puede rechazar, lo es también que hay que aprovechar la puesta en evidencia pública del tema para forjar los propios métodos de acción. Así lo entendió la red mundial de organizaciones no gubernamentales que trabajan en el sector de la comunicación, tales como ALAI (Agencia Latinoamericana de Información), AMARC (Asociación mundial de radios comunitarias) o la World Association for Christian Communication. A la vez

que aprovechan la oportunidad de la tribuna oficial ofrecida para tratar de incidir en la agenda de reuniones como la Cumbre mundial, dicha red ha lanzado una "Campaña por el derecho a la comunicación en la sociedad de la información" (CRIS según las siglas en inglés) y ha organizado seminarios regionales y grupos de discusión para formular posiciones comunes a los medios de servicio público y de organizaciones de la sociedad civil. A esta agenda oficial que privilegia temas como la seguridad en las redes (tema muy sensible que ciertos gobiernos tratan de instrumentalizar más particularmente para sus propios fines), los derechos de propiedad intelectual, los marcos regulatorios, la infraestructura y la financiación de la sociedad de la información, se le oponen sus propias prioridades: el derecho a la comunicación, las perspectivas de género, la democratización de la comunicación y del conocimiento, las políticas públicas, la superación de las desigualdades. No está de más decir que los grados de conciencia varían mucho dependiendo de los retos que se lanzan en los debates y negociaciones que afectan a la llamada sociedad de la información, según afecten a unas u otras áreas geopolíticas o culturales o al vasto conjunto de las organizaciones no gubernamentales. No todas comparten la preocupación de las ONGs embarcadas desde hace decenios en el combate para el reconocimiento del "derecho a la comunicación". Uno de los problemas que se detectan es la escasez actual de una interrogación que no sea puramente instrumental sobre la relación entre técnica y sociedad, entre comunicación y sociedad. La otra carencia recurrente es la tendencia de muchas agrupaciones, cuando incluyen la comunicación en su bitácora política, a escamotear el necesario rodeo por la formalización teórica, en nombre de la acción sobre el propio terreno. Es decir, se da prioridad absoluta al trabajo de base.

Una de las lecciones que se puede sacar de los tres primeros Foros sociales mundiales de Porto Alegre (Brasil) que ejemplifican el proyecto de construcción de un espacio público transnacional es que la problemática de la comunicación esta ganando progresivamente un espacio propio. Abordada de manera dispersa en las dos primeras ediciones (2001 y 2002), tuvo derecho en la tercera (2003) a un lugar importante en la reflexión sobre las estrategias a seguir (ya que era el objetivo de dicho foro), un lugar, también, de convergencia de las redes sociales que se movilizan para otra "sociedad del conocimiento". Además de nuclear múltiples talleres, el tema "Medios, cultura, alternativas a la mercantilización y homogenización" constituyó uno de los cinco ejes de los paneles centrales que se desarrollaron a lo largo de los cuatro días del Foro. Los títulos de los paneles hablan por sí mismos: "Globalización, información y comunicación" (apertura); "Como podemos asegurar la diversidad cultural y lingüística"; "Estrategias para democratizar los medios"; "Nuevas tecnologías y estrategias para inclusión digital y transformación social";

"Cultura y práctica política"; "Producción simbólica e identidad de los pueblos". El cuarto día se dedicó a un panel de síntesis y al lanzamiento del Observatorio internacional de los medios (*Media Watch Global*) cuyo objetivo es emprender "todas las acciones destinadas a promover y garantizar el derecho a la información de los ciudadanos en todos los países del mundo". Este observatorio debería multiplicarse y ampliarse a través de Observatorios nacionales de medios computados, a partes iguales, de tres tipos de miembros (periodistas, investigadores, usuarios).

Lo que emerge de este conjunto de análisis e iniciativas cruzadas es una filosofía de la esfera pública que contrasta con la lógica de liberalización de la cultura y la educación que intenta imponer el nuevo ciclo de negociaciones sobre los llamados "servicios" en la OMC. Una filosofía que define "los principios y modalidades de gestión del conjunto de los bienes comunes de la humanidad, para los cuales a noción de servicio público debe prevalecer sobre los mecanismos del mercado: educación, cultura, salud, medio ambiente, agua". Estos son los términos que ya adelantaba, al cabo de la segunda edición (2002) del Foro Mundial, el manifiesto sobre la diversidad lingüística, la diversidad cultural y las prácticas culturales suscrito por los creadores y artistas que, además, instaba a "fortalecer el vínculo entre educación y cultura", "indispensable para sensibilizar respecto de las prácticas artísticas, así como para recontextualizar los productos de la industria cultural". "En particular, agregaba, la historia del arte y de las civilizaciones, así como el análisis del proceso de elaboración de las imágenes televisuales o cinematográficas, deben ser objeto de aprendizaje desde la infancia". Todos ellos son ingredientes de una "cultura de la comunicación" ligada al ejercicio de la ciudadanía democrática que puede ser anulada por esa otra visión fascinada y acrítica que se tiene de las nuevas tecnologías. Una visión que se relaciona con concepciones "espontaneístas" del saber del aprendizaje.

### ambivalencias de la noción de "sociedad civil global"

Si hay un ámbito en el que, desde la segunda mitad de los años noventa, las nuevas tecnologías digitales han estado asociadas a la imagen de un ágora global, éste es el espacio de protesta que han creado y ocupado los movimientos sociales movidos contra un modelo de mundialización económica a ultranza. Estos movimientos han impugnado los modos de funcionamiento de instituciones internacionales que representaban a los intereses leoninos de los grandes países industriales. Esta nueva dimensión política de la protesta global estalló a la luz del día en la capital de Microsoft, la ciudad de Seattle, en pleno corazón de Estados Unidos, a fina-

les de noviembre-principios de diciembre de 1999, durante la movilización de las organizaciones no gubernamentales, sindicatos y asociaciones de consumidores, contra las derivas y peligros de un mundo "todo mercado" simbolizado por la Organización Mundial del Comercio. Desde entonces, las instituciones financieras y comerciales no celebran ninguna cumbre sin que, paralelamente, tengan lugar cumbres alternativas, apoyadas por la logística de las nuevas redes sociales.

En la breve historia de los usos de la red por parte de los nuevos actores del espacio público, una acción colectiva previa ha dejado huella en las mentes hasta constituir un paradigma: la campaña de presiones, coronadas por el éxito, que la red mundial de organizaciones no gubernamentales ha ejercido durante cerca de tres años sobre las negociaciones que se han desarrollado entre 1995 y 1998 en el marco de la OCDE en torno al Acuerdo multilateral sobre inversiones (AMI). En esta ocasión, más de 600 organizaciones de unos 70 países se han conectado y movilizado, especialmente a través del *Collaborative's extensive World Wide Web* site, para exigir la anulación de este tratado sobre circulación de capitales, inspirado por el libre comercio. Así pues, se han federado organizaciones de intereses y motivaciones cambiantes. Así pues, se han federado organizaciones de intereses y motivaciones cambiantes. Así pues, se han federado organizaciones de intereses y motivaciones cambiantes como la red de origen francés ATTAC, Amnistía Internacional, la central sindical de Estados Unidos (AFL-CIO), los siderúrgicos de este país, la Australian Conservation Foundation, los Amigos de la Tierra, Oxfam, Public Citizen, o Third World Network.

Las representaciones mediatizadas que se han derivado de las movilizaciones han experimentado a su vez sesgos sobre los cuales conviene reflexionar. Apoyándose en los usos ejemplares de Internet por parte de los movimientos sociales reticados, las más diversas tendencias del espectro político no han tardado en proclamar el advenimiento de una "sociedad civil global". La prestigiosa revista *Foreign Affairs* se ha referido, incluso, al nacimiento de una "sociedad civil global puesta en red electrónicamente" (*electronically networked global civil society*). Sin embargo, adherirse a esta visión del planeta que prueba la tendencia a una resistencia social generalizada supone ir demasiado aprisa.

La interpretación unívoca y, todo hay que decirlo, tecnicista, de la formación de una "sociedad civil global", suele hacerle el juego a la tendencia denominada *prêt-à-penser\** del fin del Estado-nación. Interfiere la inteligibilidad política de estas redes sociales en dos niveles. Por una parte, se reduce el gobierno mundial a un cara a cara entre una sociedad civil transfronteriza, lugar de expresión de la pluralidad, y los grandes agentes de la economía globalizada. Se ignora así la complejidad de las transformaciones que afectan, más que nunca, al Estado-nación, como lugar de definición del contrato social, en su articulación con la sociedad civil nacional, confrontados ambos con las lógicas de la mundialización. ¿No es ésta la mejor manera



de exonerar a buen precio a las autoridades públicas de sus propias responsabilidades en la desreglamentación del mundo? Queramos o no, las negociaciones inter-gubernamentales permanecen cruciales para revertir relaciones de fuerza, en la paz como en la guerra.

Por otra parte, la meteórica implantación del marchamo "sociedad civil global" pasa por alto la genealogía de las formas que adopta la protesta. La afirmación de que estos movimientos son los retoños espontáneos del cambio sobrevenido en las herramientas de la comunicación, equivale a suscribir, también ahí, el determinismo técnico. Estas formas de intervención están ancladas, e históricamente han madurado, en un espacio concreto (y no global) de luchas y reivindicaciones.

Los nuevos modos de puesta en red a menudo no consiguen sino amplificar modos de pensamiento y acción políticos preexistentes. La primera ruptura en las estrategias de comunicación al servicio de la protesta social a escala mundial se remonta a los años setenta con la aparición de las organizaciones no gubernamentales como nuevos actores de la sociedad civil. Con ocasión de sus primeras movilizaciones al servicio de causas sociales y humanitarias (derechos humanos, medio ambiente, estragos de las multinacionales en el Tercer Mundo) estas organizaciones inventarían la fórmula *Think globally; Act locally* a la que se han sometido en la elaboración de su estrategia de comunicación respecto de la opinión pública, los gobiernos y las empresas. Así es como sus redes de acción e intervención comenzaron a moverse muy pronto en todas las latitudes con flexibilidad y agilidad. Cualidades de las que carecían los grandes aparatos, sindicatos y estatales. Piénsese, por ejemplo, en las campañas llevadas a cabo por Greenpeace, Amnistía Internacional o, también, por la Organización Internacional de Uniones de Consumidores (IOCU) contra las prácticas de marketing de las compañías agroalimentarias y farmacéuticas, por ejemplo. Internet, en cierto modo, ha venido a coronar estos proyectos pioneros que, de entrada, han optado por actuar globalmente. Aun cuando el reciente efecto "nuevas tecnologías" ha significado un cambio importante en los modos de intervención. Como lo demuestra la notoriedad adquirida por la red de coordinación de las luchas del Movimiento brasileño de los campesinos sin tierra o *Movimento dos Sem Terra*, fundado en 1979, y que ha alcanzado proyección internacional a partir de 1996-97 gracias a la acción combinada de un uso inteligente de Internet, para popularizar sus reivindicaciones, y de una alianza con la Confederación campesina francesa, propulsada mundialmente, a su vez, a finales de 1999, a través de su dirigente José Bové, en la estela de las manifestaciones de Seattle. El predicamento adquirido por el sindicato brasileño le ha permitido, entre otros réditos, aumentar su poder de negociación a escala local.

El enraizamiento de las luchas sociales muestra que la articulación entre lo local, lo nacional y lo global en la problemática es algo más compleja que lo que dan a entender los estereotipos propagados por la vulgata mediática en contra de los "anti-mundialización", otra palabra sesgada.

### La cara oculta del envite planetario

La expansión de los movimientos sociales opuestos al ultraliberalismo ya ha repercutido sus efectos en la doctrina de los estrategas del sistema-mundo. En primer lugar, la de los expertos en seguridad nacional del Pentágono. Un neologismo refleja el cambio de orientación: *Nerwar*. El término se aplica a las nuevas formas de conflictos de baja intensidad provocados por el conjunto multiforme de actores no estatales que cortocircuitan las jerarquías gubernamentales por mediación de las redes y que exigen, por parte de estas últimas, una réplica por esta misma vía. En la categoría de "actores no estatales", los estrategas incluyen, manga por hombro, ¡los llamados movimientos activistas o participativos, los terroristas, los cárteles de la droga o los movimientos guerrilleros! Un caso de libro, sobre la utilización de Internet con "fines subversivos", atrajo, a partir de 1995, la atención de los consejeros militares: la experiencia de la guerrilla neozapatista en México que, en un plazo de tiempo récord, ha logrado popularizar, a través de los relevos militantes mundiales, la causa de los Indios de Chiapas. La *Nerwar*, o guerra de las redes se ha convertido así, junto con su contrapartida propiamente militar, la *Cyberwar*, la llamada guerra limpia, con sus "ataques quirúrgicos" y sus "daños colaterales", los llamados componentes de la "neopolítica", en la nueva "guerra global de las tecnologías de la inteligencia". Se supone que ésta moldeará los conflictos del siglo XXI y estimulará la innovación técnica en materia de sistemas de vigilancia planetaria. Es lo que han sacado a la luz, en 1998, las revelaciones sobre la existencia de un sistema de escuchas de todas las comunicaciones electrónicas (teléfono, fax, Internet), bautizado Echelon, implantado por Estados Unidos y sus cuatro aliados (Australia, Canadá, Gran Bretaña y Nueva Zelanda) con el fin de recoger la máxima información militar sobre los países comunistas y que ha sido reconvertido, después de la caída del muro de Berlín en 1989, en un sistema de inteligencia económica global. Esta es la cara oculta de los envites geopolíticos de la conquista de la *Global Information Dominance*, expresión consagrada para expresar la posición estratégica atribuida al nuevo recurso inmaterial en la reorganización del planeta.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 también pueden leerse como el fracaso de la desmesurada fe de las agencias de seguridad nacional en la omnisciencia

de la información [de Inteligencia] obtenida a través del dispositivo técnico, en detrimento de la información [de inteligencia] humana (*Humanit*, según la expresión al uso en los círculos del espionaje).

Las múltiples reacciones suscitadas por los atentados a lo largo y ancho del mundo han arrojado mucha luz sobre las causas de la violencia generada por un modelo excluyente y unilateral de desarrollo de la humanidad. También han dejado traslucir los falsos pretextos del tecnoglobalismo. Frente a la crisis, el retorno al patriotismo exacerbado y al keynesianismo ha dejado en mal lugar al mito del fin del Estado-nación, en el que se insiste machaconamente desde la entrada en la era de la desreglamentación. Legitimado por el decreto de estado de sitio "Patriot", el FBI ha puesto a Internet bajo estrecha vigilancia. Las medidas represivas tomadas por todos los grandes países industriales han ampliado la ya de por sí borrosa frontera jurídica. Otro de los peligros se plasma en la tentación de criminalizar las acciones de los movimientos anti-globalización. Podemos apostar a que las lógicas de la seguridad verán cómo en lo sucesivo se infiltran en el diseño de la arquitectura de las redes globales, militares y civiles.

Tamaño refuerzo del control social contradice los postulados de las doctrinas diplomáticas y militares que, de forma explícita, habían erigido, apenas caído el muro de Berlín, el "soft power" de las redes (que no deja de recordar la "diplomacia de las redes" del consejero en materia de seguridad nacional de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski, inventor de la noción de sociedad tecnocrática, en los fines de los años sesenta) y la propagación de los "universales culturales" transmitidos por los productos audiovisuales e informacionales estadounidenses, en el zócalo natural de una nueva forma de hegemonía planetaria, cuyo eje sería el mercado-mundo y la ley, la del *free flow of information*. La antigua "diplomacia de la cañonera" cuya cancelación anunciaba Brzezinski a la par del fin de las ideologías siempre se revela tan necesaria como la "diplomacia de las redes". Con el componente militar la hegemonía pasa a convertirse en dominación abierta.

## Referencias y orientaciones bibliográficas

- ARQUILLA, J. y RONFELT, D. (1999): *The Emergence of Neopolitik: Toward an American Information Strategy*. Santa Mónica, Ca., Rand Corporation.
- BANGEMANN, M. (1999): <Which Rules for the Online World. The European Union Contribution>, en *The Journal of Policy, Regulation and Strategy for Telecommunications, Information and Media*, volumen 1, n.º 1.
- BECCERRA M. y MASTRINI G. (2002): "La sociedad de la información en la Argentina: una mirada desde la economía política de la comunicación". Buenos Aires, noviembre 2002 (por publicarse en *Telos*, Madrid).
- BRZEZINSKI, Z. (1979): *La era tecnológica*. Buenos Aires, Paidós.
- COMMISSION EUROPÉENNE (1997): *Construire la société européenne de l'information pour tous*. Bruselas, Communautés européennes.
- DELOORS, J. (1993): *Livre blanc. Croissance, compétitivité et emploi. Les défis et les pistes pour entrer dans le XIXe siècle*. Bruselas, Communautés Européennes.
- GUNUCCIO DAGRON, A. (2001): *Making Waves. Stories of Participatory Communication for Social Change*. Nueva York, The Rockefeller Foundation.
- LEÓN, O., (2002) (ed.): <Dossier "Democracia en la comunicación">, *América Latina en movimiento*. N.º 353, mayo 2002.
- LEÓN, O., BURCH, S., TAMAYO, E. (2001): *Movimientos sociales en la red*. Quito, Ecuador, ALAI (Agencia Latinoamericana de Información).
- MANSELL, R. y SILVERSTONE, R. (bajo la dirección de) (1996): *Communication by Design: The Politics of Information and Communication Technology*. Oxford, Oxford University Press.
- MATTELART, A. (1997): *La comunicación-mundo*. Madrid, Fundesco, 1993/ México, Siglo XXI, 1997.
- , (2000): *Historia de la utopía planetaria*. Barcelona/Buenos Aires/ México, Paidós, 2000.
- , (2002): *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 2002.
- MITTERRAND, F. (1984): *Technologie, emploi et croissance*. París, La Documentation Française.
- PNUD (1999): *Rapport mondial sur le développement humain*. Ginebra, Programme des Nations Unies pour le développement [trad. cast.: *Informe sobre desarrollo humano*, 1999]
- PNUD (2001): *Rapport mondial sur le développement humain: Mettre les nou-*

*velles technologies au service du développement humain*. Ginebra.

NYE, J.S. y OWENS, W.A. (1996): <America's Information Edge> en *Foreign Affairs*, vol. 75, nº 2.

UNESCO (2000): *Rapport mondial sur la culture*. París, Éditions UNESCO.

VEDEL, T. (1996): <Les politiques des autoroutes de l'information dans les pays industrialisés. Une analyse comparative> en *Réseaux*, nº 78.

VIDAL BENEYTO, J. (2002) (ed.): *La ventana global*. Madrid, Taurus.

## NOTAS

\* Literalmente, listo-para-pensar. Juego de palabras referido a la expresión francesa *Prêt-à-penser*, aplicada a la ropa de vestir confeccionada en serie (N. del t.) como la proximidad, la periodicidad, la difusión o la universalidad de los mensajes noticiosos<sup>5</sup>.